

El rey estaba dispuesto á conceder todo hasta la imprudencia; pronto le veremos constitucional á la manera inglesa, se entenderá con la nacion para discutir y hacer las leyes; los Estados Generales le sostendrán en su deber mientras se votan las contribuciones, y todos los ciudadanos, á cualquiera clase que pertenezcan, tendrán el derecho de hacerse representar. Así como ántes las demas libertades tenian la forma de privilegios, ahora todo será igualdad; ya no habrá mas favores ó leyes ó costumbres particulares para una persona, una clase, una provincia, ciudad, ni profesion, sino que aquellos privilegios desaparecerán de una vez á gran precio; todo ciudadano tendrá, pues, los mismos derechos, los mismos deberes; para hacer uso de ella, gozará de la libertad plena, sin que puedan contenerle ni la moral, ni la tranquilidad pública, y no habrá mas superior que las leyes que él habrá hecho ó contribuido á hacer.

Igualdad y libertad son los puntos cardinales de tales reformas, aunque cayeron en el error al creer que la libertad era no la base, sino la consecuencia de la igualdad, pidiendo para obtener esta derechos trascendentales. Así era que algunos querian que las contribuciones fuesen proporcionales y progresivas, lo que era atribuir ó conceder al pobre el privilegio que hasta entónces habia gozado el rico.

La centralizacion, por medio de la cual el gobierno de la capital distribuye los empleos públicos y administra valiéndose de agentes subalternos asalariados, queda reprobada, y en su lugar quieren sustituir la influencia local y la accion del individuo, de manera que haya uniformidad en las leyes, y variedad en la administracion.

A fin de establecer esta unidad en las leyes, los juriconsultos formaron los códigos civiles y criminales, los cuales mas tarde serán sometidos al exámen de los Estados Generales; pero no tardará en reformarse la organizacion de los tribunales para que la justicia sea mas regular, ménos costosa y mas expedita.

En cuanto á la riqueza pública, se tratará de mejorarla por medio de la division de la propiedad; se estimulará la industria hasta con la prohibicion, y se regularizará el empréstito.

La conmocion general, y las esperanzas de la mayoría, anunciaban que se acercaba una nueva era. Veíanse ya prontos poderosos esfuerzos, formábanse mágicas resoluciones, y pronunciábanse trascendentales palabras, que no debían tardar en cambiarse en actos atrevidos. Las provincias, cuya vida propia no habia aun absorbido Paris, pedian una revolucion, pero no la de Paris; veían que la convocacion debia producir grandes cosas, sin saber cuáles serian estas, y manifestaban un carácter de prudencia muy diferente del que dió pruebas la Asamblea.

Los tímidos inclinaban la cabeza reflexionando tristemente que no se podria quitar una sola piedra del viejo edificio de la monarquía

francesa, sin echarlo todo abajo. Un abismo produciria otro abismo; los abusos se apuntalan unos á otros, la masa misma les da solidez; róto el equilibrio en una parte, todo puede caer, y la consecuencia sería que en vez de corregir y de consolidar, habia que rehacerlo todo, crearlo todo, y aquí estaba la dificultad.

Sin embargo, entre la mayoría manifestábase aquella alegría descuidada é irreflexiva que produce la confianza exagerada en un porvenir próximo, que todo lo cree fácil, y que está como dominada por una pasion violenta, pronta á convertirse en cólera furibunda al primer obstáculo que se presente.

## IV

Mirabeau conocia de tal modo la época en que vivia, que en Ginebra habia dicho á algunos ciudadanos: « Los Estados Generales se convocarán; me elegirán diputado, y yo les pagaré con la libertad. » En la Provenza la nobleza y el clero mantenianse adictos á las antiguas formas, pretendiendo que aquella provincia se habia incorporado á la Francia bajo la condicion de conservar la antigua constitucion. Por esta razon se oponian al nuevo modo de convocacion; pero Mirabeau procuró defenderlo, sosteniendo entónces, como lo hizo siempre, los principios del gobierno representativo y de las asambleas deliberantes, y como consecuencia que no debían tener votolos poseedores de feudos, que debia votarse por cabeza y conceder todo lo que sería arrancado por fuerza mañana. Como no se le oía, sostuvo con firmeza ser ilegal la representacion de la nacion provenzal en los Estados actuales, y que debia convocarse una Asamblea general de los tres órdenes. La nobleza provenzal le hubiera tolerado como otros muchos que valian tanto como él; pero aterrada de sus máximas y de su desfachatez, le excluyó bajo el pretexto de siendo aun hijo de familia no poseía feudo. Mirabeau alzó la voz diciendo que era una injusticia, y halagando al pueblo dijo: « Creo que el pueblo que se lamenta siempre tiene razon; creo que nunca se opondrá lo bastante para obtener la reparacion á los males é injusticias que se le han hecho, y creo que ignora demasiado que para hacerse formidable, le bastaría permanecer inmóvil. El poder mas inocente y el mas invencible creo que es el oponerse á obrar. »

Estas caricias, ménos tal vez que el terror que inspira, le hacen aplaudir, como igualmente el entender de política cuando los otros la ignoraban. Viendo que el pueblo se arredraba, como sucede cuando se trata de cosas no usadas ó nuevas, salió á inspirar confianza y valor diciendo: « Ya hace tiempo que los cambios mas ordinarios en la administracion interior de los Estados europeos se operan tan solo

» insensiblemente. La opinion pública los pre-  
» para, y aunque son varios estos cambios y  
» bastante frecuentes, todavia son temidos. La  
» preocupacion atribuye grandes peligros á las  
» grandes innovaciones, y los espíritus apoca-  
» dos, á fuerza de su incredulidad, aumentan  
» las ánsias de los tímidos. Aun aquellos mis-  
» mos que desean el bien, tienen un ape-  
» go involuntario á sus primitivos hábitos y  
» costumbres. Hasta las mejores intenciones  
» del rey, cuando solo se fundan en el poder  
» arbitrario, presentan graves dificultades;  
» por manera que las ventajas lejanas que  
» pueden facilitar y traer, quedan destruidas  
» ántes de que se presenten por las pasiones  
» de sus sucesores. El monarca que tan noble-  
» mente se acerca á sus súbditos, deberá per-  
» suadirse siempre que mas vale mandar á  
» hombres libres que le saldrán al encuentro  
» que á esclavos que le obedezcan temblando.  
» Ojalá sienta que disminuyendo él mismo su  
» propia autoridad, consolida su propia fortuna,  
» engrandece su poder, y que renunciando al  
» poder arbitrario, no hace mas que precaverse  
» contra las debilidades humanas, y solo aban-  
» dona el poder de hacer el mal. Ojalá que no  
» olvide nunca el ejemplo de Marco Aurelio,  
» que disfrutó del placer de conocer toda especie  
» de glorias, porque fué á la vez héroe, legisla-  
» dor, docto, modesto, republicano, filántropo  
» y hombre virtuoso. Solo él entre todos los  
» príncipes pareció dotado de una naturaleza  
» superior á la de los demas hombres; pero  
» tantas virtudes, y tan espléndidas cualidades  
» pasaron como un relámpago, sucediéndole  
» un hijo que de hombre solo tuvo la facultad  
» de embrutecerse. »

La libertad de la imprenta causaba gran miedo. « El rey quiere llamar á los Franceses para que elijan libremente sus representantes, para que examinen con él el estado de la nacion, para que pongan los remedios que crean convenientes; pero sus ministros hacen todo lo posible para que no se entiendan los Franceses; para que las infinitas divisiones de que está viciada la nacion no constituida aun, vengán á chocarse sin punto de union, sin medios para reunirse; y en una palabra, para que la Asamblea nacional sea una desgraciada confusion de partidos hostiles, cuyas incoherentes, falsas y desastrosas operaciones se choquen entre sí por el miedo á la anarquía y bajo el látigo del despotismo; en vez de formar un cuerpo de hermanos, dirigidos por el interes comun, animados de los mismos principios, penetrados de los mismos deseos para hacer nacer un espíritu público fundado en el amor y respeto á las leyes, que el encadenar la imprenta viene á punto para hacer que, por ignorancia y error, muchos corazones puros, y hombres timoratos, se hagan satélites del despotismo, mientras que no son mas que sus víctimas; y que por otra parte mucha gente honrada, olvidando que

» los hombres han nacido para elegir entre  
» inconvenientes, se hallan sinceramente asus-  
» tados de la libertad de la prensa, por los  
» abusos que han hecho de ella unos pocos  
» escritores, que se presentaron como los após-  
» toles interesados de esta misma libertad. Si  
» queréis someter la libertad de la imprenta á  
» la policia de las costumbres, entónces preciso  
» será inspeccionarlo todo, como la música, el  
» baile, las relaciones sociales, las conversa-  
» ciones, y hasta el vestir, el andar y las ojea-  
» das. ¿Y cómo podrá nunca lisonjarse la  
» autoridad de llegar adonde puede nacer e  
» mal? Y si no lo puede, ¿por qué emprenderla  
» con la imprenta, que ciertamente puede ha-  
» cer daño, pero que tambien puede hacer un  
» bien inmenso y que solo ella puede hacerlo? »

Así explicaba sus intentos é indicaba sus medios; y el pueblo que se llama ciego, y que sin embargo suele ver muy claro, comprendió que Mirabeau era su hombre, y se acogió, por decirlo así, á su ingenio.

Con la publicacion de estos libros y la de un opúsculo de Milton sobre la imprenta, se encontró con el dinero necesario para ir á Aix, en donde esperaba ser elegido. Su viaje por aquel país fué un verdadero triunfo, acompañado de todas las demostraciones de que son capaces los habitantes del Mediodía. Todos acudian á verle: mujeres, niños, eclesiásticos, soldados, todos gritaban: « Viva el conde de Mirabeau! ; Viva el padre de la patria! » Las campanas fueron echadas á vuelo, se oía música y tambores por todas partes, llovian las coronas, habia iluminaciones, abrazábanle por donde quiera que iba, y Mirabeau lloraba. Pero cuando quisieron quitar los caballos del coche, entónces dijo: « Amigos míos, los hombres no han sido hechos para llevar á los hombres, y vosotros habéis llevado ya demasiado peso. »

Luego pasó á Marsella. « Figuráos (escribía él á Caraman, comandante de la provincia) ciento veinte mil personas en las calles; una ciudad tan industriosa y comerciante que pierde un dia de trabajo; las ventanas se alquilaban á uno ó dos doblones; los caballos otro tanto; el coche del hombre que solo fué justo, cubierto de palmas, de laureles y de ramas de olivo; el pueblo besa las ruedas; las mujeres le ofrecen sus niños; ciento veinte mil voces, desde el jornalero al millonario que gritan: Viva el rey; cuatro mil jóvenes de las mejores casas que le preceden, trescientos coches que le siguen, y entónces tendréis una idea de mi salida de Marsella; comprenderéis que no es posible poder moderar na noble efervescencia, ni ménos impedirle, que los hombres están mas cerca de la servidumbre del reconocimiento que de los excesos de la licencia, y que no podria esquivarlo yo de otro modo que abandonando mi puesto, y que sería un ingrato y un cobarde si lo hiciese. »

sidencia decía : « Que los representantes de la » Francia sientan mejor la dignidad de su misión y de su carácter; que no se muestren » entusiastas á toda costa y sin razon, ni com- » parezcan delante de la Europa como unos » estudiantuelos locos de contento porque les » prolongan de una semana mas sus vacaciones, » sino que hagan ver que son hombres y la » flor de una nacion, que solo le falta una » constitucion para ser la primera del mundo. »

Al fin suprimen su periódico, pero él crea otro que principia su existencia con un lamento contra los ministros « que cubren su crasa ignorancia con la autoridad del monarca: » Así separaba los ministros del rey, estableciendo otra de las bases principales del sistema constitucional.

Cuando se trató de dar un nombre á esta Asamblea, Mirabeau propuso el de *Representacion del pueblo frances*; pero la palabra *pueblo* sonaba tan mal en aquella reunion, que Mirabeau creyó deber justificarla : « Poco me importa la significacion de las palabras en la » lengua absurda de la preocupacion. Yo hablabla aquí el lenguaje de la libertad, como » hacen los Ingleses y los Americanos que » siempre hacen honor al nombre de pueblo, » consagrándolo en sus declaraciones, en las » leyes y en su política. Cuando Chatam concentró en una sola palabra la constitucion » ó carta de las naciones diciendo *La majestad del pueblo*; cuando los Americanos opusieron » los derechos naturales del pueblo á la mezcolanza de teorías de los publicistas al tratar » esta materia, reconocieron la energia de esta » palabra, á la que tanto valor da la libertad. » Gran fortuna es para nuestra lengua que, en » su misma pobreza, encontremos una palabra, » que en este momento en que se trata de » constituirnos sin poner en peligro el bien » público nos pueda calificar sin envilecernos, » nos designe sin hacernos terribles; una palabra que no se nos pueda disputar, y que en » su exquisita sencillez nos recomiende á nuestros comitentes, sin asustar á aquellos cuya » altivez y pretensiones tenemos que combatir; » una palabra que se preste á todo, y que modesta hoy, pueda elevar y dar vigor á nuestra » existencias á medida que las clases privilegiadas nos obliguen, con la obstinacion de » sus errores y de sus faltas, á tomar en mano » la defensa de los derechos nacionales y de » la libertad del pueblo. »

Pero Legrand sugirió la denominacion de Asamblea nacional y fué aprobada, por manera que la Revolucion se hizo mas radical de lo que se habia previsto.

Ningun diputado llevaba á la Asamblea una actitud mas robusta, real y conocida que Mirabeau, siendo en efecto apreciada y reconocida desde los primeros dias por el mismo odio y por el entusiasmo que manifestaban la capacidad del hombre de Estado. Y así fué que él, con aquella audacia que constituía la mitad de

su ingenio, ó si se quiere, con lo extraordinario é inesperado de sus proposiciones, supo guiar el estado medio por un laberinto en que se dejaba ver un porvenir indeterminado y confuso; por instinto se formulaban sistemas de mejoras no completos; estas cabezas hallábanse como errantes de opinion en opinion, y Mirabeau era quien inspiraba las decisiones y el valor á los diputados honrados, pero débiles; pronunciaba aquellas palabras decisivas que solo ocurren á los hombres grandes; lo que él decía se miraba como una sentencia definitiva, repetíase en todas partes, y aquel eco poderoso obligaba á la cámara á admitirlo como el suyo. Y esto sucedía así, no tanto por su mismo talento, sino por la fuerza de su voluntad, sostenida por sus atrevidas pasiones, mostrándose mas rico en instintos que en ideas, y mejor en los discursos que en las obras razonadas.

Los diputados, dando á entender que la corte queria violentarlos, se retiraron al juego de la pelota, juraron no separarse hasta que fuese sancionada la constitucion; ciento cuarenta y nueve miembros del clero y algunos de la nobleza se reunieron al estado medio, y esta fué la verdadera proclamacion de la Revolucion.

Caido el ministerio Necker, la Asamblea envió una diputacion al rey, exclamando Mirabeau : « Decidle que las hordas extranjeras á quienes » ellos obedecen, recibieron ayer las visitas de » príncipes y de princesas, de favoritos y favoritas, las caricias y las exhortaciones y sus » regalos; decidle que toda la noche, estos satélites extranjeros, ebrios de vino y de oro, » presidieron á la subyugacion de la Francia » en medio de impías canciones, invocando la » destruccion de la Asamblea nacional; decidle » que en su mismo palacio los cortesanos bailaron al son de aquella música bárbara, y que » así principió tambien la noche de San Bartolomé. »

Luis trató de apoderarse de la situacion, proponiendo modificaciones gubernativas en la sesion real del 23 de junio, modificaciones que no hacian desaparecer la distincion política entre las clases. No sabian si aplaudir á esto ó desaprobarlo, cuando dijo Mirabeau : « ¿Qué » insultante dictadura es esta? ¡Con aparato de » armas se invade el templo nacional para » obligaros á ser felices! ¿Y quién os lo manda? vuestro mismo mandatario; aquel » que debe recibir las órdenes de vos, de nosotros que estamos revestidos de un sacerdocio » político inviolable. Ciertamente, de lo que se » os ha dicho podria venir el bien, si no fuesen » siempre peligrosos los donativos de los despotas. Cumplid, pues, el juramento de no separaros, hasta que no tengáis una constitucion » completa y que esta se cumpla. » Y en efecto nadie se movió, proponiendo entonces Mirabeau que se declarasen inviolables cada uno de los diputados. Así, pues, hasta las mismas concepciones eran juzgadas y miradas como una tiranía.

El rey se presentó sin guardia; por medio de un discurso sencillo y afectuoso excitó vivos aplausos; por primera vez pronunció el nombre de Asamblea nacional, y lamentándose con dulzura dijo : « Vosotros me habéis temido; » pues bien, yo me fio de vosotros. Ayudadme » á asegurar la salvacion del Estado. »

Hasta entonces no se pensaba en violencias; los filósofos no las habian sugerido, ni el carácter dulce y condescendiente de Luis habia tampoco pensado en ellas. Por su parte, Mirabeau recomendaba la resistencia pasiva que asegura el buen éxito al mayor número.

Empero el crepúsculo azulado y de color de rosa de las revoluciones suele ser muy pasajero y dura poco. El fanatismo de las ideas, atizado por tantos escritos y sucesos que pululaban y ocurrían entonces, y favorecido por aquellos mismos que debieran templarlo, estaba á punto de romper y de hacer derramar sangre, creyendo tal vez algunos de ellos hacer un bien. Fuera de la Asamblea estaban los ciudadanos de la clase média, gente buena, pero tímida, crédula y ávida de cosas nuevas : á estos habíase mezclado la chusma que habia acudido á París atraída por un crudo invierno y por el hambre, esperando una revuelta, un motivo cualquiera para desfogar su iracunda crueldad de que habia ya dado tristes señales. Los electores reunidos para nombrar los diputados no se habian disuelto : idea mal entendida de la soberanía del pueblo, pues así se sancionaba la autoridad permanente del representado sobre el representante; mientras que los distritos consideraban como mandatarios inferiores los miembros de la municipalidad, compuesta de dos delegados de cada uno de los sesenta distritos. Reuníanse de continuo en la casa de ayuntamiento, y en el jardín del Palacio Real, cuyos cafés se hicieron tribunales, y en donde mezclándose los buenos con los malos, las matronas con las prostitutas, se discute, se perora, se riñe y se resuelve, con tanto mas atrevimiento cuanto que faltaba la legalidad y la responsabilidad. Allí iba creciendo Camilo Desmoulins, el nombre mas popular de la Revolucion, porque era hijo del pueblo. Hombre desinteresado, amante de la familia, elegante en su vivacidad, ligero, voluble, entregándose con frenesí á todas las emociones, y á los mayores excesos como hacia el pueblo, ó mas bien el populacho.

## VII

Á la verdad, como dice Malesherbes, ya no era el parlamento el que inflamaba el público, sino este el que inflamaba el parlamento.

Los clubs, erigidos como una oposicion á la Asamblea, se multiplicaban; establecian correspondencia en toda la Francia, propagándose así las chispas revolucionarias con mucha rapidez de París á los extremos para encender

las pasiones; enredaban al gobierno en los hilos de una red facciosa, y sofocaban la ley muda é invisible con charlatanerías sonoras y el griterío de la plaza pública. Aquí era donde se agitaban las cuestiones del dia, se desaprobaba lo que habian hecho ó adoptado los representantes de la nacion; aquí promovian y hacían correr infinidad de rumores que no podían en medio de los diputados, y aquí pedían la sancion y los aplausos del pueblo que no reflexionaba. Y como la pasion mas fácil de ganar es el odio, ofrecíase á este los mayores homenajes; se declamaba contra los diputados que habian sido elegidos; comentábanse sus palabras, denigrábanse sus intenciones; vociferábase contra el género humano; indicábanse tramas y conspiraciones por todas partes; el que aparentaba tener mas miedo de ellas, pasaba por el mejor patriota; por ciudadano celoso y avisado el mas corrompido delator; por el mas hábil el ménos escrupuloso, y en fin, desconocíase lo que era la prudencia, la reserva ó el buen juicio cuando se trataba de desaprobar, de acusar y de propagar la ansiedad, el temor y la desconfianza.

De todas estas bandas destilábanse aquellos excesos, consecuencia inevitable de toda impulsión popular; aquellas iras y aquellos odios que hacen recaer sobre el gobierno las mismas miserias y desgracias de la época, y aquel descontento que no espera nada sino todo lo que es imprevisto y desconocido. Hasta las guardias francesas hacen causa comun con el pueblo y vienen á ser la primera legion revolucionaria; y en breve se arma la guardia nacional, fuerza esencialmente revolucionaria, porque, como pueblo, participa de las pasiones que como guardia debiera reprimir.

Á pesar de todo, la autoridad que tenia á su disposicion el ejército, las plazas fuertes y los arsenales de la nacion, aun podia domar una turba sublevada; acaso es verdad que los consejeros de Luis, en vez de hacerle ver y aconsejarle que mantuviese su palabra colocándose francamente al lado de la libertad, le insinuaron la esperanza de recuperar por las armas una soberanía á la cual habia renunciado espontáneamente. Mirabeau, que se habia hecho popular, gritó diciendo que la corte reunía tropas, y hace que la Asamblea dirija al rey una peticion contra estos armamentos, siendo mas bien una intimacion y un llamamiento á las armas. « El peligro, señor, es apremiante, universal, » y mayor que todos los cálculos de la prudencia humana. Peligro para los habitantes de » las provincias, los cuales cuando teman por » nuestra libertad, no sabemos cómo podrán » ser contenidos, pues la distancia todo lo exagera y abulta, dobla las inquietudes, las » enardece y envenena. Peligro para la capital; » pues ¿con qué ojo verá el pueblo, entre la » carestía y las angustias en que está, una » turba amenazadora de soldados disputarse » los escasos recursos de su subsistencia? Peli-

Tanto en Marsella como en Aix le eligieron diputado con entusiasmo. La carestía del pan causó allí alborotos, sobre todo en la segunda ciudad, en donde habiendo tenido un noble la imprudencia de decir que el pueblo no era digno de comer el heno de sus caballos, hubo muertes; y no siendo obedecida la autoridad, invitaron á Mirabeau á que interviniese, diciéndole: « Cuando nada hay ya que esperar de los hombres, es preciso recurrir á los dioses. » El tribuno se presentó, siendo de advertir que en su propio billete ó tarjeta se leía: *Mirabeau, mercader de paños*, y sentándose dijo: « Mi deseo es seros útil, y no engañaros. Cada uno de vosotros quiere el bien, pues todos sois honrados, pero no sabéis lo que conviene hacer. Muchas veces uno se engaña sobre su propio interes; y como yo he reflexionado detenidamente sobre el interes de todos, para complacerlos y daros gracias al mismo tiempo de la confianza que me manifestáis, quiero deciros lo que pienso. » En seguida principió á hablar, dando razon al pueblo, y diciendo que era absurdo lo que se habia hecho, induciéndole al mismo tiempo á tranquilizarse. « Sí, sí, amigos míos, hacedlo, y por todas partes se dirá: los Marselleses son buena gente; el rey lo sabrá, este buen rey que es preciso no afligir; este buen rey que invocamos de continuo, y que os amará cada vez mas. ¿ Y cómo podremos resistir á complacerle cuando él mismo está de acuerdo con lo que mas nos conviene ó interesa? » Marsella como ciudad fronteriza y puerto de mar, encierra siempre en su recinto gran número de extranjeros, de gente desconocida, marineros y hombres de razas distintas dispuestos á todo. El 2 de marzo de 1789 hubo allí grandes tumultos, pero Mirabeau la aquietó. Entónces fué cuando propuso la creacion de una guardia nacional, invitando á los jóvenes ciudadanos á que se uniesen y armasen, salvando así la ciudad de un saqueo.

El pueblo encontró, pues, su rey que le aplica la espuela y le enfrena, mientras que las personas mas notables le odiaban por esta misma razon. Mirabeau era fuerte de persona, y en la confusion y el desórden, el mundo suele pertenecer á los mas fuertes; el pueblo necesitaba un campeón que combatiese por él sin inquietarse de dónde podria venir; y cuanto mas terrible es mas le quiere: así sucedió con Mirabeau, que cobraba nuevas fuerzas de ser odiado, como otros las toman de ser amados; este fué el destino del orador popular y no plebeyo, del hombre de risa poderosa, de ironía poderosa y de desdén mas poderoso aun.

Mientras tanto el rey de nombre confia en el parecer de otros, se duerme en los consejos, y cuando se discute si se han de reunir los Estados en Blois ó en Compiègne, dice: « En Versalles por cierto, por la caza. » De esta manera Luis XVI no ve el precipicio, se acerca á él fatalmente, hasta ser un héroe en el patí-

bulo. Los ministros por su parte aun presumian evitar la revolucion cambiando el punto y el tiempo ó fecha en que debía reunirse la Asamblea; y en medio de tanto desórden y de tanta debilidad se hacia ostentacion de un orgulloso despotismo, á tal punto que disputándose un dia en el consejo sobre el modo de conferir los grados militares, el conde de Artois decia: « Al rey toca el distribuir las gracias; » pero respondióle el ministro Saint-Priest: « Los empleos militares no son gracias ó mercedes. »

La historia de aquella Asamblea, escrita cien veces, siempre dejará algo que decir de nuevo, algo que aprender y algo que deplorar. Las ideas de aquella época eran las de Vauban, Voltaire, Rousseau, Mably, Turgot, Necker. Tratabase, pues, de reducir las á hechos, y de constituir una nacion en donde no habia mas que rey, nobles y clero.

## V

El 5 de mayo de 1789 se celebraba la misa del Espíritu Santo en Versalles como preludio á la proconizada union y fraternidad del rey, del pueblo y de las órdenes. El obispo de Nancy dijo en su sermón: « Señor, recibid los homenajes del clero, los respetos de la nobleza y las humildes súplicas de la clase média. » Las pompas austeras de la religion, en Paris como en las provincias, presidieron á las primeras oraciones políticas. Dispúsose el 21 del mismo mes, que todos los dias á las nueve de la mañana se diria una misa rezada en la iglesia de Carmelitas Descalzos, con las oraciones prescritas, por el buen acierto de la Asamblea, como igualmente que en todos los distritos de la capital se principiarian estas oraciones ó rogativas con el *Veni Sancti, Spiritus*, y con el *orémus Deus, qui miro ordine*, abriéndose así con toda la pompa y esplendor monárquicas una Asamblea que debia echar por tierra el trono y el altar. La Francia veía desfilar delante de sí con ansiosa curiosidad aquellos diputados que de los diferentes distritos del reino habian sido elegidos en quinientos colegios electorales por cuatro millones de ciudadanos, para hacer ver y corregir los muchos abusos que existían segun las comisiones nombradas. Eran aquellos mil ciento treinta y nueve miembros, casi el doble de los diputados ingleses: doscientos noventa y uno del clero, de los cuales cuarenta y ocho eran obispos, treinta y cinco abades, doscientos ocho curas, y quinientos sesenta y ocho miembros del estado medio. Arrancar por la raíz hasta los vestigios de las bárbaras distinciones de raza; realizar á la faz del mundo la igualdad proclamada por el Cristianismo delante de Dios; no poner otros límites al derecho individual que el derecho de todos los ciudadanos; ordenar de tal modo la igualdad adqui-

da que no mutilase la libertad, estos eran los votos, los vehementes deseos de todos; todos tambien confiaban en la omnipotencia de la filosofia, todos abrigaban vagos é inciertos deseos, esperanzas desmesuradas, inmensa necesidad de cambio, y ansias de demoler; pero ninguno habia fijado su atencion en lo que se debía poner ó edificar en el lugar de los escombros. La corte tampoco lo sabia, ocupándose en ceremoniales, mientras que hubiera podido tomar enérgicamente la iniciativa; pero en vez de esto, todo lo abandonó á la discusion; y Luis XVI, desconfiando de sí mismo, lleno de buenos deseos, pero temeroso de la anarquía, figurábase poder sostener la balanza con su débil mano entre las muchas discusiones que nacieron en los Estados desde los primeros momentos de agitacion.

Aquellos diputados fogosos, apasionados, discutidores, no se conocian unos á otros; ignoraban las formas parlamentarias; muchos eran masones, de los cuales era grande oriente el duque de Orleans; los prelados confiaban en que se reprimiria el espíritu antireligioso; pero gran número de simples eclesiásticos solo aspiraban á ver desaparecer los obstáculos que les impedían llegar á las grandes dignidades, y los filósofos maquinaban el trastorno del orden social. El estado medio estaba dirigido por banqueros y hacendistas que buscaban especular en las revueltas, ó por abogados ambiciosos, ménos amigos de la igualdad que envidiosos de la superioridad, quienes habiendo adquirido una tintura de política en los clubs y en la Enciclopedia, hacían una mezcla de ella con las doctrinas de Helvecio, Voltaire, y Puertoreal. Uno habia aprendido á admirar las repúblicas antiguas en Mably; otro la crítica amarga de las instituciones en Raynal; este habia bebido en Diderot el odio á la religion y á los sacerdotes; aquel se habia hecho violento y perdido el juicio leyendo el *Contrato social* de Rousseau. Todo era confusion, todo presagiaba que se acercaban los momentos de una espantosa anarquía.

Algunos entre el clero permanecieron unidos con la nobleza; otros no esperaban mas que una ocasion decente para lanzarse en el estado medio, ya fuese por instinto, ya por ambiciones personales.

La nobleza mostróse pertinaz en sus prerogativas; en vez de conservar sus fuerzas para las grandes ocasiones, principió á hostilizar sobre puntillos inútiles, y cuando se trató de verificar en comun los poderes, se opuso y se obstinó sobre las prácticas de 1614, renegando así dos siglos de progreso. Estas primeras desavenencias hicieron ver que la concordia era imposible. Aquellos diputados que habian crecido en medio de las ideas filosóficas, presentábanse audaces y novadores; despreciaban todo lo que era viejo sin distincion alguna, y querían echarlo abajo de un golpe. Preciso es decirlo, el odio del pueblo recaía mas bien sobre

la nobleza que contra el rey, y en prueba de ello vemos, que despues de las terribles experiencias que duraron muchos años, se restableció un rey y no la nobleza. El error de esta consistía en que se miraba no solo como una institucion, una funcion social, sino como una raza aparte y superior. Su orgullo desmesurado excitó la ira popular; su resistencia, su ambicion y el desprecio con que miraba á los que no pertenecían á su clase, hicieron que elevasen sus pretensiones los elegidos del pueblo; por lo que puede decirse, que en la reunion de una Asamblea nacional consistió la verdadera Revolucion.

## VI

Entre los astros que adquirían esplendor al ponerse el sol de la monarquía, pronto principió á brillar Mirabeau. Al presentarse vestido como la clase média, se oyó un susurro entre los nobles, que él reprimió de una mirada y con su porte imponente. Cuando la sociedad ha sido invadida del frenético y universal deseo de hablar, refutar, calumniar, proponer y gobernar, ya no bastan los libros, y se hace necesario el periódico. Hasta entónces los periódicos se hallaban, por decirlo así, aun en mantillas. Algunos de ellos habian debatido las cuestiones del dia utilizando la credulidad humana; pero estos eran tan solo gacetas oficiales, ó folletos de circunstancia, dirigidos ó sometidos al gobierno. Pero cuando la Francia entera principió á ocuparse de elecciones, de puntos, de reuniones y de embrollos, se despertó en sus habitantes el deseo de un órgano que pudiese aconsejar y dirigir á este ó aquel partido, que hiciese oposicion al gobierno, y fuese como la forma de la Revolucion. Así principiaron escribiendo Marat, Carrier y Desmoulins, futuros proveedores del patíbulo.

Arrastrado Mirabeau por la nueva pasion de la popularidad, tomó la palabra en las columnas del *Correo de la Provenza*, saliendo á luz otros cincuenta periódicos mas en aquel mismo año, y llegando al número de setecientos desde 1789 á 1800. Y extraños eran por cierto sus títulos: *Les Grimaces des boulevards*. — *L'âne de Balaam*. — *Le député paralytique*. — *Ça fait toujours plaisir*. — *Ce que l'on n'a pas su et ce qu'il faut savoir*. — *Ce que vous ne voyez pas*. — *C'est incroyable*. — *Le cri de l'infortune*. — *Le hoquet aristocratique*. — *L'empire des coutumes*: y de esta manera, *Los actos de los Apóstoles*, *El Apocalipsis monacal*, *El Telon levantado*, *El látigo nacional*, *El Pegaso de Voltaire*, *Los tres Jorobados*, *La linterna para los Parisienses*...

Mirabeau daba cuenta en su periódico de lo que ocurría en la cámara y del curso de las discusiones con un atrevimiento nunca visto, usando de la libertad de la prensa antes de ser concedida. Atribuyéndose una especie de pre-